

Jean CORBON, *Liturgia y oración*, Cristiandad, Madrid 2004, 246 pp., 10 x 18, ISBN 84-7057-487-6.

El autor de este libro es presbítero francés, adscrito desde 1956 a la parroquia geco-melquita de Beirut en cuya Facultad de Teología era profesor de ecumenismo. Encargado de redactar la parte del catecismo de la Iglesia Católica dedicada al misterio de la oración cristiana, aportó a ese libro muchos de los rasgos de la sensibilidad oriental, que en él pueden detectarse. Jean Corbon, cada día más, se va convirtiendo en uno de los autores indispensables del siglo XX.

El libro ofrece una selección de tres artículos del autor sobre el misterio del culto cristiano y tres artículos sobre la oración en la Iglesia. Los tres primeros son artículos publicados en revistas donde la colaboración de J. Corbon era habitual: *Proche-Orient chrétien*. Los tres últimos en *Nouvelle Revue Théologique*, *Communio* y *Scripta theologica*.

La parte dedicada a la liturgia incluye estudio sobre el año litúrgico bizantino, el oficio divino bizantino y María en la economía sacramental. La parte dedicada a la oración trata, desde la perspectiva mística y contemplativa de la teología griega, de la plegaria cristiana, en general, y su inserción en el Catecismo de la Iglesia católica. Este último artículo reviste un interés especial por constituir un comentario a la sección de la plegaria cristiana del Catecismo escrito, en este caso, por el mismo autor que redactó esas páginas.

La segunda parte del libro, aquella que está constituida por los artículos sobre la oración, descubre los horizontes teológicos escondidos en algunas expresiones del Catecismo. Así, por ejemplo, el n. 2656 arranca con una expresión, que al lector podría resultarle, a primera

vista, algo oscura: «Se entra en oración como se entra en la liturgia». El artículo «Orar en la Trinidad santa» nos da la llave para acceder al trasfondo que subyace en ese pensamiento; trasfondo que se desvela en la relectura trinitaria de los grandes momentos de la celebración eucarística, realizada en función de la oración. Tras el recorrido mistagógico que realiza el autor en torno a la celebración eucarística, entendemos que tanto esa elevación del alma hacia Dios, que es la oración —así la recoge el Damasceno—, como ese otro movimiento hacia arriba, que es la anáfora —ése es el significado etimológico del término—, son eso: ascensiones *in Deum*. El movimiento de la anáfora nos lleva hacia lo alto hasta estar «sentados en los cielos en Cristo», y por eso la Iglesia da gracias: *gratias agentes adstare coram te et tibi ministrare*, dice la sección anamnética de la *Traditio Hippolyti*. Aquí, el verbo *adstare* insinúa una presencia de la comunidad celebrante en la doxología perenne que entona la Jerusalén celeste ante el trono de Dios. El verbo *ministrare*, por su parte, alude a la realización sacerdotal del *opus liturgicum in Patria*, como bien ha captado la versión italiana del Misal romano: *ti rendiamo grazie per averci amessi alla tua presenza «a compiere il servizio sacerdotale»*. Se trata de la osadía (*audemus dicere*) de orar a Dios en Dios; *parrhesia* inaudita, si no fuera por el don del Espíritu Santo. La oración, en definitiva, viene a actualizar sobre el altar del corazón el misterio del amor celebrado en la Eucaristía.

Así pues, liturgia y oración, pero no autónomos, sino en una ósmosis continua, si consideramos que la liturgia es fuente, o sea, realidad que lleva ínsita la vocación de empapar la oración, la cual, a su vez, remite de nuevo a la celebración, pero desde una experiencia siempre más orante.

Una característica importante de este libro, y por la que estaría ya justificada su lectura, es que proporciona algunas claves importantes para entender con mayor hondura la obra cumbre de Jean Corbon: *Liturgie de source*, escrita en 1980 y cuya versión castellana vio la luz en Madrid en el año 2001. A lo largo de esta páginas Corbon explica su noción de sacramentalidad, categoría fundante de las realidades litúrgicas. Explica en qué sentido la liturgia bizantina resulta *locus theologicus* para la inteligencia de las Escrituras, etc.

El presente volumen ofrece también, como apéndice, la conferencia del Cardenal C. Schönborn, pronunciada en marzo del 2002 con ocasión del Coloquio internacional en memoria de Jean Corbon, celebrado en Beirut. La relación del arzobispo de Viena, a la vez que constituye un testimonio de primera mano sobre los trabajos del Catecismo, contiene un rendido homenaje al teólogo ecumenista libanés. Sus palabras trazan los primeros pasos para una futura historia del Catecismo de la Iglesia Católica, a la vez que proporcionan —y esto resulta especialmente interesante— un cierto elenco de las contribuciones y aportaciones redaccionales de nuestro autor al Catecismo. Aportaciones que necesariamente habrán de integrarse en el discurso contenido en el capítulo «La oración cristiana en el Catecismo de la Iglesia Católica».

Félix María Arocena

Pedro ESTAÚN VILLOSLADA, *La llamada de la montaña*, Biblioteca de Autores Cristianos («Estudios y Ensayos-Espiritualidad», 47), Madrid 2003, 126 pp., 14 x 21, ISBN 84-7914-658-3.

«La primera vez que subí al Monte Perdido era un soleado día de agosto.

La ascensión había tenido el encanto de todas las excursiones de alta montaña del Pirineo. En el libro de la cumbre, uno de los componentes del grupo estampó una frase que reflejaba el sentir de todos: «Admira lo creado y alaba al Creador». Esta frase sirve de obertura a este libro de P. Estaún (1948), geofísico y presbítero, en cuyas páginas pretende mostrar estos dos aspectos: el gozo por la contemplación de una naturaleza llena de encanto, y lo que recordaba Juan Pablo II en una homilía pronunciada en el corazón de los Alpes, cuando decía que «la grandiosidad de estas montañas, en medio de esta belleza estupenda, nos lleva a pensar en Dios».

El libro presenta dos partes de cuatro capítulos cada una, que obedecen a la lógica de aquella frase del libro de firmas: «Admira lo creado» y «Alaba al Creador». En la primera, la belleza ocupa un amplio espacio, así como las notas que caracterizan lo que suele denominarse «la llamada de la montaña». La segunda por ser más doctrinal no es menos hermosa y profunda. Después de haber pasado revista a los valores humanos que pueden vivirse en contacto con la naturaleza, vemos aflorar, a partir del quinto capítulo, una serie de elementos (los salmos, la oración de acción de gracias, la gratuidad del don divino, la actitud de Jesús de Nazaret ante las criaturas de su Padre, el silencio y algunas notas espirituales de Bernardo de Claraval son elementos...) que se articulan en una exposición y sabrosa y amena destinada a enseñar al lector a disfrutar de las inmensas posibilidades de enriquecimiento que ofrece el contacto con la naturaleza, a la par que le invita a la alabanza divina.

La reflexión del autor, breve y bien escrita, intenta dar una respuesta trascendente a la necesidad, que no sólo